

UNA CARRERA A DESHORA**Víctor Cárdenas Fernández**

- Pi pi... pi pi... pi pi... pi pi... –desconecta la alarma de su reloj, de esfera plateada, tonos anaranjados y correa azulada traslúcida. Sonríe. A simple vista puede parecer un simple reloj deportivo pero no lo es, para él tiene un significado especial porque una víspera de Nochevieja ella lo eligió, quizá de manera aleatoria, quizá sin darle demasiada importancia, pero para él eso tiene un valor añadido. La pantalla marca las 6:00 a.m.

Se incorpora sin hacer ruido, ella aún duerme en la cama. Probablemente seguiría haciéndolo si él golpeará la pata de la mesa, se trastabillara y diera de bruces contra el suelo arrastrando a su paso todo lo que quedara a su alcance, pero resulta una visión tan naif, tan ingenua, que casi respirar se antoja ruidoso. La claridad comienza a asomarse tímida entre las rendijas de la persiana, ella se arremolina entre las sábanas ajena al despertar de un nuevo día, no en vano siempre uno se pregunta si estarán colocadas las calles a esas horas de la mañana.

Víctor se desliza de puntillas por la habitación hasta la puerta. Allí la noche anterior ya se había preocupado de dejar sus herramientas de trabajo, como a él les gusta llamarlas, sus zapatillas para correr, esas que podrían contar mil y una historias de los cientos de kilómetros recorridos, de atardeceres, duros inviernos bajo la lluvia, del sol del mes de junio por las veredas. Sobre ellas un par de calcetines, unas calzonas y una camiseta de tirantas. No se necesita más para la práctica del atletismo de fondo; bueno, una cosa más, un complemento esencial para él cada día, una gomilla elástica estrecha y anudada sobre sus extremos que se coloca en la cabeza para apartar en cierta forma el pelo de la cara. No suele salir a entrenar con coleta, este recogido lo deja para las carreras donde cada décima de segundo es importante; de esta forma, un pequeño gesto crea todo un horizonte de separación entre ambos escenarios, el entrenamiento y la competición, fuera ansias y estrés, sólo disfrute. Le encanta entrenar.

Tira de la puerta con cuidado. Ya la noche anterior le había advertido a ella de sus intenciones. Ella lo conoce, sabe que no puede refrenar esa parte de su vida. Con el tiempo quizá llegue a entenderlo al cien por cien, porque desde fuera, su actitud no tiene mucho sentido. Son pocos los días que él va a pasar en la ciudad visitándola, conociendo a su lado otra cultura, otros paisajes; a priori, no tiene por qué pasar nada si deja a un lado su adicción deportiva hasta su regreso. Él lo entiende y se adapta, es más, disfruta adaptándose. No quiere robarle ni un solo segundo al tiempo junto a ella, por eso no le importa madrugar. Prevé estar de vuelta para cuando ella comience a estirarse sobre la almohada. Se anuda las llaves a la cintura y sale a la calle.

El frescor de la mañana le golpea fuerte el rostro. En un instante ha pasado del silencio y el sigilo de la habitación al ajetreo propio de una gran ciudad que poco a poco va a ir saludando al nuevo día. Aún piensa en María, bueno, esto tampoco es un hecho destacable, puesto que lo hace a todas horas, pero se le iluminan los ojos y se le hinchan las mejillas al sonreír pensando en su despertar. Víctor tiene un despertar alegre y optimista. Le gusta mucho dormir pero no tiene problemas en saltar de la cama a la hora que el despertador dictamine. Ella por el contrario es ave nocturna, le gusta trasnochar y dar mil vueltas sobre el colchón antes de ceder a los brazos de Morfeo, sin embargo refunfuña y se acurruca contra la almohada cuando en su iPod suena la canción que le da los buenos días. Es una estampa muy graciosa, continúa siendo una niña pequeña que regatea cada segundo de más en la cama y hace pucheros mientras se toma el desayuno.

- Bueno, manos a la obra –se dice para sí. El plan de entrenamientos para ese jueves de finales agosto, plena pretemporada, es muy general; apenas cincuenta minutos de carrera continua sin pretensiones, ritmos ni exigencias, eso sí, en una ciudad así uno sabe cuando sale de casa pero no cuando vuelve, de manera que hay que hacer todos los deberes de una vez, por tanto, contempla incluir sus ejercicios de abdominales y los indispensables estiramientos de final de sesión. Tiempo total estimado sesenta minutos. - Son las 6:10h, a las 7:10 debo estar de vuelta, justo a tiempo para subir hasta la habitación y dar los buenos días a la princesa. – Salta raudo la valla que separa la urbanización y comienza a correr.

Su atención viaja de aquí para allá, no sólo por el hecho de encontrarse en un lugar nuevo, estímulo para los sentidos, sino porque al ser la primera vez que pisa ese lugar debe fijar en su mente instantáneas de todo lo que se presenta a su alrededor para saber regresar de vuelta, como el cuento de Pulgarcito y las miguitas de pan. María le había hablado de un parque situado al sur de la residencia, casi casi en línea recta, que, si bien no tenía el atractivo y las dimensiones de otros parques cercanos, su emplazamiento facilitaba bastante la orientación, de manera que él concluye que se trata de una buena opción para minimizar riesgos. Un extranjero con escaso conocimiento del lugar y a catorce kilómetros por hora es un blanco fácil para el despiste y la desubicación.

Retiene en su memoria los datos esenciales: calle Well Street (curioso nombre análogo al de su hermano mayor estadounidense), estética de la fachada y de la calle, nombre de la residencia... pero continúa seguro, no hay pérdida... - Giro una vez a la izquierda, continúo recto, otro giro a la izquierda en esas casitas de paredes rojas y ventanales azules, recto de nuevo y ahí está, al fondo...—en pocos minutos se planta en el parque por su acceso norte. Allí son habituales estos reductos de naturaleza entre el amasijo de edificios urbanos y ¡vaya naturaleza!— ¡Tanto verde resulta difícil de ver en nuestra Andalucía! Algo positivo tenía que aportar tanta lluvia y humedad en el ambiente.

En su camino hasta el parque no se ha encontrado con nadie. El sol apenas despunta pero la ciudad ya reluce. Se respira un ambiente gélido y refrescante o, al menos, nada comparable al bochorno andaluz en época estival. Nota el contacto con su piel, aunque la propia actividad combate bien la temperatura reinante. El lugar parece recién regado por el rocío de la noche y césped así sólo se ve en alguno de los estadios de fútbol y atletismo diariamente atendidos para tal fin. El paisaje es verde, muy verde, un bosque en medio de la urbe, bañado de zonas arboladas que dejan caer algunas hojas tímidas. También aquí este tipo de espacios están pensados para la práctica física y aportan bancos, tablas de ejercicios, aparatos de aspecto rústico inmersos en la fotografía del lugar.

- Buenos días —dice al paso ante una amable señora que pasea su perrito. Pronto a ella se une un señor con chándal que a paso alegre comienza a andar por el perímetro del parque. Algo más tarde una pareja de mediana edad también se unirá al selecto grupo de valientes que semejantes horas comienzan su jornada. Ciudades distintas, países distintos, culturas distintas. Llama la atención ver a personas a las seis de la mañana haciendo ejercicio. Resulta muy gratificante, le hace a uno sentirse en sintonía con el entorno. Comenzar el día así seguro que solucionaría multitud de conflictos en nuestras ajetreadas vidas.

El parque es pequeño, de manera que Víctor decide organizarse dando cuatro vueltas en derredor e introduciendo en ellas diversos ejercicios de tonificación aprovechando los útiles que encuentra a su paso. El ritmo es desafiante porque la ambientación provoca en él una motivación extra, aquella que te proporciona la sensación de estar haciendo algo que muy pocos estarían dispuestos a hacer, o más bien, serían capaces de hacer aunque desearan hacerlo, y además, la motivación que te da disfrutar de lo que haces. Poner el despertador para llevar a cabo una tarea tediosa e impuesta por algún tipo de obligación personal o asumida puede ser todo un martirio, pero hacerlo por propia voluntad, disfrutando con ello... En fin, igual la liberación de endorfinas también contribuye a este efecto.

El entrenamiento supone un goce, ni siquiera el inconveniente de la humedad en los aparatos, que aparecen mojados al contacto con ellos, supone queja alguna.

Cualquiera que viera esta imagen pensaría “esos locos corredores de fondo”. Mira el crono, ya marca cuarenta y dos minutos —perfecto, vuelta a casa—. Busca la salida norte y salta al adoquinado volviendo a la realidad de la ciudad. En su pensamiento comienza a organizar mentalmente los ejercicios de estiramientos que realizará al llegar sirviéndose de la valla, el escalón de entrada, la pared, etc. —A ver, recto, giro a la izquierda buscando... ¡jájá! las casitas de fachada roja... giro de nuevo a la izquierda, y recto...—.

Pero lo que debían ser escasos momentos se traducen en quince largos minutos. La desazón comienza a aparecer en su rostro. Todas las casas que decoran la calle a izquierda y a derecha parecen sonarle, la cabeza trata de buscar algún recuerdo, algún detalle que haya pasado por alto y que quizá le haya desviado de su

destino. Busca el nombre de la calle en la que se encuentra, no lo ve, acelera el paso hasta la siguiente esquina, nada, continúa corriendo. Desemboca en una gran avenida donde el tráfico toma protagonismo. Autobuses y coches anuncian que los vecinos comienzan su jornada laboral. A la derecha ve a una chica con una mochila. No quiere retrasarse así que se acerca a preguntarle: –Sorry, the Well street?– La chica, muy simpática, piensa durante un instante y luego comienza a hablar indicando con su mano la dirección. Se debe notar mi “extranjerismo” a leguas, piensa Víctor. –Thank you– alcanza a decir mientras se vuelve de un salto hacia la dirección indicada. Ahora el ritmo de carrera ya es frenético, una hora y cinco minutos, demasiado para lo que estaba previsto, pero lo importante es volver cuanto antes.

Ipsa facto se planta en Well Street y comienza a desandar el camino a toda velocidad mirando los números de las viviendas. –¡El número cien no aparece!– La calle sigue su ordenación sin errores hasta la casa número setenta y cuatro. –¡Cómo es posible! ¡No puede haber desaparecido media calle! esto es de locos–. La velocidad no ayuda demasiado en momentos en los que mantener la cabeza fría podría resolver de mejor forma el conflicto. Quinientos metros dirección sur, otros quinientos dirección norte, de nuevo hacia el sur contando desde el número dos cada casa, cada comercio.

Un sudor frío recorre su frente, nada tiene que ver con la respuesta fisiológica del organismo ante el esfuerzo. La preocupación le atenaza. Pero no le preocupa haberse perdido, sentirse un tonto por no haber sido capaz de deshacer tres calles y media para volver al punto de partida; no le preocupa encontrarse indefenso en una ciudad en la que no conoce a nadie y con un idioma distinto. Lo que le compunge el corazón en un puño es la sensación de perjudicar a María. Ella asiste a clases durante la mañana, tiene bien definida su rutina diaria, despertar, desayuno, autobús, metro... le aterriza comprometer su actividad por la maldita obcecación de salir a entrenar por encima de cualquier razonamiento lógico.

Detiene su carrera en seco. Calma. Se para frente a la acera y se serena. Refrena su agitada respiración y trata de pensar con claridad; el resto de la numeración de la calle no puede haber desaparecido sin más, hay algo que está pasando por alto. A la altura del número setenta y cuatro la fisonomía de la calle parece dividirse en dos. Piensa que tal vez Well Street continúa paralela a la dirección que ha recorrido en los últimos diez minutos, así que toma el sentido sur de nuevo, esta vez al trote, mirada a cuatro metros sobre el nivel del suelo en búsqueda de los letreros nominativos de la avenida. –¡Tampoco es ésta! No puede ser cierto– se repite. De nuevo desanda el camino. Sufre por ella, siente que le está fallando, el ánimo le cae a los pies... – ¡un momento! ¡espera!–. El destino vuelve a caminar a su lado y atisba cómo la bendita calle dibuja una profunda curva para continuar dirección este –¡la calle Well Street continúa por aquí!–.

Si pusieran una célula fotoeléctrica para medir su ritmo de carrera en esos momentos hasta él mismo se sorprendería de cuán rápido es capaz de proyectarse sobre el empedrado. En apenas unos segundos se planta ante el número cien de la calle. Ha estado a escasos metros todo el tiempo pero la opresión provocada por la culpabilidad le había cegado. Allí se alza majestuosa la residencia. Entre las cristaleras se ve cómo la vida parece haber comenzado para todos los que allí se alojan. Ajetreo en el hall de entrada, carreras, prisas de aquí para allá.

Y entonces la ve. Enfundada en esa sudadera a rayas con gorro que tanto le gusta, también a él le gusta, con la mirada nerviosa, acelerada, hasta que se cruzan, entonces se torna calma, aunque no comprensiva. Víctor intuye que el más que merecido rapapolvo se avecina. Se acerca a la puerta, pasa y se enfrenta a su destino. Acaba de meter la pata y ella se lo hace saber con indiferencia: –Me tengo que ir ya; ve y dúchate, ya no nos dará tiempo a desayunar–. Él agacha la cabeza y asume su error. Corre a toda prisa a ducharse. Menuda forma de comenzar un día y aún entonces no puede dejar de correr.

Cuando vuelve María ya está preparada para salir; se cuelga su bolso rojo y guarda en él sendos mini bocadillos que serán un desayuno improvisado durante el trayecto en autobús. Se aprecia un poco de tensión pero Víctor está receptivo, enarbolada la bandera blanca de rendición sin condiciones.

- He aprendido la lección –dice él arrepentido.

- Me alegro –responde ella aún no demasiado convencida. El metro llega a su parada. Bajan. A toda prisa salen de la estación. El no haber parado aún desde que sonó allá por las seis de la mañana su alarma tiene a Víctor aún con el sistema activado, continúa sudando y este sudor se mezcla en su rostro con la humedad del pelo mojado. Al salir a la calle el aire impacta abrumador sobre su tez sonrojada y alborozada.

Son las ocho menos cinco de la mañana. El paso hasta recortar las tres calles que separan la boca de metro de la academia es fatigante. Él piensa que si María decidiera acompañarlo en las carreras terminaría por mojarle la oreja con toda seguridad –qué ímpetu–.

- Bueno...–balbucea María conciliadora– ven a buscarme a mi salida ¿vale? – su dulzura sincera se refracta suave en su mirada mientras da dos pasos para estrecharse en un abrazo amable de reconciliación– ¡Nos vemos a la una y media! – grita apresurada mientras se adentra en el edificio.

Él saca su cámara e inmortaliza el momento, es la hora de actuar como lo que es, todo un turista cámara en ristre a la sazón de una gran ciudad. Acaba de salir airoso de un verdadero atolladero. A veces los deportistas nos vemos en la necesidad de librar batallas como estas con quienes no terminan de entender nuestra forma de afrontar la vida, con unas zapatillas puestas.

- He aprendido la lección... la próxima vez no olvidaré... las miguitas de pan...